SERMON

PREDICADO

POR

EL ILLMO. SR. BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX,

EN LA PROFESION

DE

MADAMA DE LA VALLIERE,

DUQUESA DE VAUJOUR,

EN PRESENCIA DE LA REINA DE FRANCIA,

EL DIA 4 DE JUNIO DE 1675.

MEXICO: 1838.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,

á cargo de J. M. Gallegos, calle de las Escalerillas núm. 13.

SUMARIO.

Expectáculo admirable que Dios nos presenta en la renovacion de los corazones. Dos amores opuestos, que obran todo en el hombre. *Atentado*, y *caída* funesta del alma, que ha querido, como Dios, hacerse su felicidad. De qué manera, tocada de Dios, comienza á volver sobre sus pasos, y abandona poco á poco lo que amaba, no reservándose mas que á Dios. Esta vida penitente y desprendida, se vé que es muy posible, por el ejemplo de MADAMA LA VALLIERE. Respuesta que dá Dios á las razones que alegan los mundanos, para dispensarse de abrazarla.

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX,

EN LA PROFESION DE

MADAMA DE LA VALLIERE,

DUQUESA DE VAUJOUR,

en presencia de la Reina de Francia, el dia 4 de Junio de 1675. (*)

Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia. APOC. XXI. 5.

„Entonces dijo el que estaba sentado en el „trono: Voy á renovarlo todo."

Será, sin duda, un grande expectáculo, cuando aquel que está sentado sobre el trono, por quien existe el universo, y á quien no cuesta mas hacer que decir; pues ejecuta todo cuanto le agrada por sola su pala-

(*) Este discurso se imprimió, sin consentimiento del Sr. Bossuet, conforme á una copia defectuosa. D. Deforis lo corrigió sobre el manuscrito original, que le proporcionó adiciones y cambios muy considerables. Nosotros nos hemos conformado á él. [*Edicion de Versalles.*]

bra, pronunciará de lo alto de su trono, al fin de los siglos, que vá á renovarlo todo; y que al mismo tiempo se verá cambiada toda la naturaleza, apareciendo un nuevo mundo para los escogidos. Mas, cuando para prepararnos á estas novedades sorprendentes del siglo futuro, se insinúa secretamente en los corazones por el Espíritu Santo, los renueva, y tocandolos en lo mas profundo, les inspira deseos no conocidos hasta entonces, este cambio, ni es menos nuevo, ni menos admirable. Ciertamente, cristianos, nada hay mas maravilloso que estas mutaciones. ¿Qué hemos visto, y qué vemos ahora? ¿Qué estado..... y qué estado? No tengo necesidad de hablar; los sucesos hablan por sí mismos.

Señora: ved aquí un objeto digno de la presencia de Reina tan piadosa. Vuestra magestad no viene aquí para conducir á la soledad las pompas mundanas: vuestra humildad os impele á tomar parte en los abatimientos de la vida religiosa; y es justo que, formando por vuestro estado una parte tan considerable de las grandezas del mundo, asistais alguna vez á las ceremonias donde se enseña á despreciarlas. Admirad, pues, con nosotros estos grandes cambios de la mano de Dios. Nada hay aquí de la antigua forma; todo está mudado exteriormente; y lo que pasa en el interior es igualmente nuevo. Yo, para celebrar estas novedades santas, rompo el silencio de tantos años, y hago oír una voz que los púlpitos no conocen ya.

A fin, pues, de que en esta piadosa ceremonia todo sea nuevo, dadme tambien ¡ó Dios! aquel estilo propio del Espíritu Santo, que comenzó á hacer sentir su fuerza todopoderosa en la boca de los Apóstoles (1). Que predique yo, como S. Pedro, la gloria

(1) *Era el tercer dia de la Puscua de Espíritu Santo.*

de Jesucristo crucificado; y haga ver al mundo ingrato con qué impiedad lo crucifica todos los dias. Que crucifique al mundo á su vez, y borre todos sus atractivos y su gloria: que lo sepulte con Jesucristo: y, en fin, que haga ver, que solo él vive, y todo lo demás está muerto.

Hermanas mias, pedid para mí esta gracia: los oyentes hacen los oradores; y Dios dá, por sus ministros, doctrinas convenientes á las santas disposiciones de los que las escuchan. Haced, pues, por vuestros ruegos, el discurso que debe instruiros; y alcanzadme las luces del Espíritu Santo, por la intercesion de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

No debe ocuparnos la curiosidad de conocer distintamente estas novedades maravillosas del siglo futuro; porque así como Dios las hará sin nosotros, debemos descansar en su poder y sabiduría. Pero, no sucede lo mismo con las novedades santas que obra en lo interior de nuestros corazones. Está escrito: *Yo os daré un corazon nuevo.* Y en otro lugar: *Formaos un corazon nuevo*; de manera, que este nuevo corazon que nos es dado, nosotros somos los que debemos formarlo; y, como estamos obligados á concurrir por el movimiento de nuestras voluntades, es preciso que éste sea prevenido por el conocimiento.

Considerémos pues, cristianos, cuál es esta innovacion de los corazones, y cuál el estado antiguo de donde el Espíritu Santo nos saca. ¿Qué hay de mas antiguo, que amarse el hombre á sí mismo; y qué de mas nuevo, que ser perseguidor de sí mismo? Mas el que se persigue, debe haber visto alguna cosa que le sea amada sobre sí mismo. De manera, que hay dos

amores que obran todo. S. Agustin los definió por estas palabras: *Amor sui usque ad contemptum Dei: amór Dei usque ad contemptum sui.* El amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, es el que forma la vida antigua, ó del mundo: El amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, es el que constituye la vida nueva del cristianismo, y el que, elevándose á su perfeccion, hace la vida religiosa. Estos dos amores opuestos serán el asunto de este discurso.

Pero os advierto, Señores, observeis con atencion el precepto que nos dá el Eclesiástico cuando dice: „El sábio que oye una palabra sensata, la alaba, y „se la aplica." No mira á uno y otro lado, á quien pueda convenirle; sino que, atribuyéndola á sí mismo, saca de ella todo su provecho. Hermana mia: entre las cosas que voy á decir, vos sabreis distinguir bien las que os son propias. Haced lo mismo, cristianos. Seguid conmigo el amor de sí mismo en todos sus excesos, y ved hasta qué punto os ha ganado por sus dulzuras peligrosas. Considerad, en seguida, una alma, que despues de haberse así extraviado, comienza á volver sobre sus pasos; que abandona poco á poco todo lo que amaba; y que dejando, en fin, todo bajo de ella, no se reserva mas que á solo Dios. Seguidla, pues, en todos los pasos que dá para volver á él, y notad si habeis hecho algun progreso en este camino. Ved aquí lo que tendreis que considerar. Entrémos desde luego en materia, que no quiero teneros mas tiempo suspensos.

PRIMER PUNTO.

El hombre, á quien veis tan apegado á él mismo por su amor propio, no fué creado con este defecto. En su origen Dios lo habia hecho á su imagen, y

éste nombre le debia hacer entender, que él no era para sí mismo. Una imagen es toda hecha para su original. Si un retrato pudiera repentinamente ser animado, así como no veria en sí faccion alguna que no se pareciese á aquel que representaba, así tambien no viviría sino para él solo, ni respiraría sino su gloria. Sinembargo, estos retratos que animamos, se encontrarian obligados á repartir su amor entre los originales que representan, y el pintor que los hizo. Mas nosotros carecemos de esta pena; porque somos la imagen de nuestro Autor, y el que nos formó, lo hizo tambien á su semejanza: así es que de todos modos nos debemos á él solo, y nuestra alma debe estar unida solo á él.

En efecto: aunque esta alma esté desfigurada; aunque esta imagen de Dios esté como borrada por el pecado; si nosotros buscamos bien todas sus antiguas facciones, reconocerémos, no obstante su corrupcion, que ella todavia se asemeja á Dios, y que para él es hecha. ¡O alma! vos conoceis y amais: esto es lo que teneis de mas esencial, y en lo que os asemejais á vuestro Autor, que no es otra cosa que el conocimiento y el amor. Pero el conocimiento es dado para entender lo que hay de mas verdadero; y el amor, para amar lo que hay de mejor. ¿Y qué hay de mas verdadero, que aquel que es la misma verdad? Y ¿qué hay de mejor, que aquel que es la misma bondad? El alma, pues, es hecha para Dios: á él es á quien debe estar unida, y como suspensa por su conocimiento y su amor: de este modo ella es imagen de Dios. El se conoce, y ama asímismo; y esta es su vida: y el alma racional debia tambien vivir conociéndole y amándole. Así, por su natural constitucion, ella estaba unida á su Autor, y debia hacer su felicidad de la de un Ser tan perfecto y tan bienhechor; consistiendo en esto su rec-

titud y su fuerza. En fin, por esta causa era rica; porque aunque ella nada tuviese de su propio caudal, poseía un bien infinito, por la liberalidad de su Autor: es decir, le poseía á él mismo; y de una manera tan segura, que no tenia sino amarle con perseverancia, para poseerle siempre; pues que amar un bien tan grande es lo que asegura su posesion, ó mas bien lo que la constituye.

Pero el alma no ha permanecido largo tiempo en tal estado. Tan felíz como era, porque Dios la habia hecho á su imagen, ella quiso no serle semejante, sino ser absolutamente como él. Aunque era felíz con conocer y amar á aquel que se conoce y ama eternamente, quiso, como él, hacer por sí misma su felicidad. Mas ¡ay! cuánto se ha engañado, y qué funesta fué su caída! Ella ha pasado de Dios, á sí misma. ¿Qué hará el Señor para castigar su defeccion? Le concederá lo que pide; y, buscándose á ella misma, se encontrará; mas, al encontrarse, ¡extraña confusion! ella misma se perderá muy pronto. Ved aquí, que ya comienza á desconocerse: trasportada por su orgullo, dice: yo soy un Dios, y me he hecho para mí misma. Así es como el Profeta hace hablar á los hombres altaneros, que ponen su felicidad en su propia grandeza y excelencia (1).

En efecto, es verdad que para poder decir: quiero estar contento de mí mismo, y bastarme á mí mismo, es necesario tambien poder decir: yo me he hecho á mí mismo; ó, mas bien, yo soy de mí mismo. Así el alma racional quiere ser semejante á Dios por un atributo, que no puede convenir á ninguna criatura, esto es, por la independencia y plenitud del ser. Salida de su estado, por haber querido ser felíz, independiente de Dios, no puede ni conservar su antigua y natural felicidad, ni llegar á la que persigue vanamente. Mas, como aquí su orgullo la engaña, es preciso hacerle sentir por otra parte su pobreza y miseria. Para esto, basta dejarla algun tiempo consigo misma: esta alma, que se ha amado tanto, y buscado tanto, ya no se puede soportar. Luego que se encuentra sola, su soledad la pone horror, halla en sí misma un vacío infinito, que solo Dios puede llenar: así, pues, estando separada de Dios, á quien su interior reclama sin cesar, atormentada por su indigencia, el enfado la devora, el pesar la consume, es preciso que busque divertimientos exteriores, y, jamás tendrá reposo si no encuentra con que adormecerse. Qué verdad es que Dios la castiga por su propio desarreglo; y que por haberse buscado á sí misma, ella es su propio suplicio. Pero, no puede quedar en este estado, á pesar de ser tan triste; es preciso que caiga aún mas bajo: ved como.

Representaos un hombre nacido en la riqueza, y que la ha disipado por sus profusiones; no pudiendo soportar la pobreza. Esas paredes sin colgaduras, esa mesa desguarnecida, esa casa abandonada, donde ya no se ve aquella multitud de criados, le causa horror. Por ocultarse á sí mismo su miseria, contrahe deudas por todas partes; llena por este medio en alguna manera el vacío de su casa, y sostiene el brillo de su antigua abundancia. ¡Ciego y desgraciado, no medita, que esto que le deslumbra, amenaza su libertad y su reposo! Así el alma racional, nacida rica, por los bienes que le habia dado su Autor; y empobrecida voluntariamente por haberse buscado á sí misma; reducida á ese fondo estrecho y estéril, trata de engañar el pesar que le causa su indigencia, y de reparar su ruina, tomando préstamos de todas partes, con que llenar el vacío.

(1) *Ezech. XXVIII. 2. XXIX. 9.*

Ella comienza con su cuerpo y sus sentidos, porque no halla otra cosa mas próxima. Ese cuerpo, que le está tan estrechamente unido; pero que sinembargo le es muy inferior en su naturaleza, llega á hacerse el mas caro objeto de sus complacencias. Todos sus cuidados los vuelve hácia él: el menor rasgo de belleza que le percibe, basta para detenerla: ella se mira en un espejo, por explicarme así, y se considera á sí misma en este cuerpo: cree ver en la dulzura de esas miradas y de ese semblante, la dulzura de un humor apasible; en la delicadeza de las facciones, la del espíritu; en ese porte y semblante reelevados, la grandeza y nobleza del valor. Débil y engañosa imagen sin duda; pero al fin la vanidad se alimenta de ella. ¿A qué te has reducido, alma racional? Tú que habias nacido para la eternidad y para un objeto inmortal, te has enamorado y hecho cautiva de una flor que el sol seca; de un vapor que deshace el viento; en una palabra, de un cuerpo que, por su mortalidad, se ha convertido en un estorbo y carga muy pesada para el espíritu

Sin embargo, el alma no es mas felíz gozando de los placeres que le ofrecen sus sentidos: al contrario, se empobreció buscándolos; porque persiguiéndolos, perdió desde luego la razon. El placer es un sentimiento que nos trasporta, que nos embriaga, que se apodera de nosotros con independencia de la razon, y que nos arrastra, á pesar de sus leyes. En efecto, nunca está mas débil la razon, que cuando el placer domina; y lo que marca una eterna oposicion entre el placer y la razon es, que cuando ésta exige una cosa, aquel pide otra: de aquí es que el alma, hecha cautiva del placer, se convierte al mismo tiempo en enemiga de la razon. Ved aquí en donde ha caído, cuando tomó de los sentidos lo que creyó necesitaba para reparar sus

pérdidas: mas no es este todavia el fin de sus males. Esos sentidos, de quienes ella ha tomado un empréstito, lo reciben ellos mismos de todas partes: todo lo sacan de sus objetos, y, por consiguiente, empeñan en estos al alma, que entregada á los sentidos, nada puede tener ya sino por medio de ellos.

No quiero hablaros de todos los sentidos, para haceros confesar su indigencia: considerad solamente la vista, á cuántos objetos exteriores nos inclina. Todo lo que brilla, todo lo que rie á los ojos, todo lo que parece grande y magnífico, es objeto de nuestros deseos y curiosidad. El Espíritu Santo nos lo dijo por estas palabras: „No sigais vuestros pensamientos y „vuestros ojos, manchándoos y corrompiéndoos;" digámos la palabra del divino Espíritu; „prostituyendoos „vosotros mismos á todos los objetos que se os presen„tan" (1). Hacemos todo lo contrario de lo que Dios manda: nos empeñamos por todas partes; y no teniendo necesidad mas que de Dios, empezamos á sentirla de todo. Este hombre cree engrandecerse aumentando su tren, dando extension á su casa, incremento á sus rentas. Aquella muger, ambiciosa y vana, creé valer mas por cargarse de oro, de pedrería y otros vanos ornatos. Para adornarla, se agota la naturaleza, sudan todas las artes, se consume toda la industria. Así es que, reunimos á nuestro rededor cuanto hay de raro y exquisito; nuestra vanidad se alimenta con esta falsa abundancia, y por ella caemos insensiblemente en las redes de la avaricia; pasion tan triste y sombría, como cruel é insaciable.

Ella es, segun S. Agustin, la que encontrando al alma pobre y vacía en su interior, la arroja al exterior, la divaga en mil cuidados, consumiéndola por es-

(1) *Núm. XV.* 39.

fuerzos tan vanos como laboriosos. Ella se atormenta como en sueño; quiere hablar, y la voz le falta; quiere hacer grandes movimientos, y siente sus miembros entorpecidos. Así el alma quiere saciarse, y no puede. La plata, á quien llama su bien, es para el uso exterior, y ella se halla pobre y vacía en su interior. Se entristece, cuando observa su bien tan despegado de ella misma, tan expuesto al peligro, tan sometido al poder de otro. Sinembargo, ve crecer sus malos deseos con sus riquezas. „La avaricia, dice S. Pablo, „es la raíz de todos los males: *Radix omnium malorum „est cupiditas* (1).» En efecto, las riquezas son un medio seguro de conseguir cuasi todo lo que se desea. Por ellas el ambicioso se puede saciar de honores; el voluptuoso de placeres; y, en fin, cada uno de lo que apetece. Todos los deseos nacen en un corazon que cree tener en el dinero el medio de satisfacerlos. No hay, pues, que admirar que la pasion de las riquezas sea tan violenta, reuniendo en sí todas las demás. ¡A qué servidumbre se ha reducido el alma! ¡De qué yugo se ha cargado! Y por haberse buscado á sí misma, ¿cuán pobre y esclava se ha hecho?

Pero acaso las pasiones mas nobles y mas generosas serán capaces de llenarla. Veamos lo que podrá producirle la gloria. Nada hay mas brillante, ni que haga tanto ruido entre los hombres, y al mismo tiempo nada hay mas miserable ni mas pobre. Para convencernos de ello, considerémosla en lo que tiene de mas magnífico y grande. No hay mayor gloria que la de los conquistadores; escojámos entre ellos el de mas fama. Cuando se habla del mas grande, cada uno piensa en Alejandro: será pues este, si quereis, el que nos demostrará la pobreza de los reyes conquista-

(1) *Tim. VI.* 10.

dores. ¿Qué es lo que ha deseado ese grande Alejandro, que ha solicitado con tantos trabajos y penas, que él mismo ha sufrido, y ha hecho sufrir á los demás? Deseó hacer ruido en el mundo durante su vida, y despues de su muerte. Tiene lo que pidió; ninguno lo ha hecho mayor: en el Egipto, en la Persia, en las Indias, en toda la tierra; en Oriente y Occidente, despues de mas de dos mil años, no se habla sino de Alejandro. El vive en la boca de todos los hombres; sin que su gloria se borre ó disminuya, habiendo pasado tantos siglos: los elogios no le faltan; pero él falta á los elogios. Tuvo lo que quería: ¡pero ha sido mas felíz devorado por su ambicion durante su vida, y atormentado ahora en los infiernos, donde sufre la pena eterna, por haber querido hacerse adorar como un Dios; sea por orgullo, ó por política? Lo mismo puede decirse de todos sus semejantes. Los que desean la gloria, comunmente la consiguen. „Ellos han recibido su re„compensa;» (1) dice el Hijo de Dios; ellos han sido pagados, segun sus méritos. Esos grandes hombres, dice S. Agustin, tan celebrados entre los gentiles; y yo agrego, demasiado estimados entre los cristianos, han tenido lo que pedian; han adquirido esa gloria que deseaban con tanto ardor; y, „vanos, han recibido una „recompensa tan vana como sus deseos:» *Quaerebant, non apud Deum, sed apud homines gloriam...., ad quam pervenientes, perceperunt mercedem suam, vani vanam* (2).

Ya veis, señores, el alma racional decaida de su primera dignidad, porque deja á Dios, y su Magestad la abandona: conducida de captividad en captividad, esclava de sí misma, de su cuerpo, de sus place-

(1) *Math. VI.* 2. *tom. IV. col.* 1306.
(2) *In Ps. CXVIII. Serm. XII. n.* 2.

res, y, en fin, de todo cuanto la rodea. S. Pablo lo dice en una palabra, cuando habla así: „El hombre se „vende al pecado: *Venundatus sub peccato*" (1). Entregado á la culpa, cautivo bajo sus leyes, oprimido con su yugo vergonzoso como un esclavo vendido. ¿A qué precio lo compró el pecado? ¡Ah! por todos los falsos bienes que le ha dado. Arrastrado por ellos, y esclavizado por todas las cosas que creé poseer, ya no puede respirar, ni mirar al cielo, de donde ha venido. Así perdió á su Dios; mas, no obstante, el desgraciado no puede pasarse sin él, porque hay en el fondo de nuestra alma un secreto deseo, que lo pide sin cesar.

La idea de aquel que nos ha creado, está profundamente impresa en nosotros. Mas, ¡ó desgracia increible, y lamentable ceguedad! No hay cosa que esté mas grabada en el corazon del hombre, ni que menos le sirva para conducirse. Los sentimientos de religion son lo último que se borra en el hombre, y tambien lo último que consulta: nada excita mayores tumultos entre los hombres, ni los conmueve mas; y al mismo tiempo no hay cosa que los conmueva menos. ¿Quereis ver una prueba? Ahora que ocupo la cátedra de Jesucristo y los apóstoles, y me escuchais con atencion; si yo tratase (ah! primero la muerte); si tratase de enseñaros algun error, vería á mi auditorio en revolucion contra mí. Os predico las verdades mas importantes de la religion. ¿Qué efecto causarán? ¡O Dios! ¿Que cosa es el hombre? ¿Es un prodigio? ¿Es un compuesto monstruoso de cosas incompatibles; ó, mas bien, un enigma inexplicable?

No, señores, hemos explicado el enigma. Lo que hay de tan grande en el hombre, es un resto de su primera institucion: lo que hay de tan bajo, y que pa-

(1) *Rom. VII. 14.*

rece tan mal unido con sus primeros principios, es el desgraciado efecto de su caída. Se asemeja á un edificio arruinado, que entre sus ruinas conserva todavia alguna cosa de la hermosura y grandeza de su primera planta. Fundado en su origen sobre el conocimiento de Dios y su amor, ha caído en ruina: el techo vino sobre las murallas, y éstas sobre los cimientos. Pero que se remuevan esas ruinas, se encontrarán en los restos de este edificio trastornado los vestigios de sus cimientos, la idea de su primer diseño, y la marca del arquitecto. La impresion de Dios queda aún en el hombre, tan fuerte, que no la puede perder; y al mismo tiempo tan débil, que no la puede seguir; aunque sí parece ha quedado en él para convencerle de su falta, y hacerle sentir su pérdida. Así es que él ha perdido á Dios; mas hemos dicho, y es verdad, que no podia despues de esto evitar el perderse á sí mismo.

El alma que se ha apartado del origen de su ser, no se conoce ya lo que es. Está embarazada, dice S. Agustin (1), con todas las cosas que ama; y de aquí proviene que en perdiéndolas, se creé al momento perdida ella misma. Mi casa se ha quemado: se atormenta, y se dice: soy perdido: mi reputacion es lastimada, mi fortuna es arruinada; soy perdido. Pero, sobre todo, si el cuerpo es atacado, es cuando mas se exclama: soy perdido. Se creé el hombre herido en lo interior de su ser; sin considerar jamás que el que dice, soy perdido, no es el cuerpo; porque él por sí mismo carece de sentimiento; y el alma, que dice que ella es perdida, no siente ser otra cosa distinta de aquel, cuya pérdida futura conoce: por esto es, que ella se cree perdida cuando le pierde. Ah! si no hubiera olvidado á Dios; si constantemente hubiese pen-

(1) *De Trin. l. X. n. 7. tom. VIII. col. 893.*

sado que era su imagen, se habría mantenido siempre con él, como el solo apoyo de su ser; y unida á un principio tan alto, no hubiera creído perecer viendo caer lo que está tan inferior á ella. Pero, como dice S. Agustin (1), habiendose empeñado toda en su cuerpo y en las cosas sensibles; rodeada y envuelta en los objetos que ama, y cuya idea arrastra continuamente, no se puede desembarazar de ella, ni sabe qué cosa es. Dice: soy un vapor, soy un soplo, soy un aire desatado, un fuego sutíl; sin duda un vapor que ama á Dios, que le conoce; un aire hecho á su imagen. ¡O alma! ved aquí el colmo de tus males: buscandote, te has perdido; y tú misma te desconoces! En este triste y desgraciado estado, escuchémos la palabra de Dios por boca de su Profeta: *Convertimini, sicut in profundum recesseratis, filii Israel* (2): ¡O alma! vuelve á Dios, desde lo mas profundo á donde te habias retirado.

PUNTO SEGUNDO.

En efecto, cristianos, en este profundo olvido de Dios y de ella misma, en que está sepultada, ese gran Dios sabe bien buscarla. Hace oír su voz, cuando le place, en medio del estrépito del mundo; en medio de su mayor brillo y de todas sus pompas, descubre su interior; es decir, la vanidad y la nada. El alma, avergonzada de su servidumbre, viene á considerar para qué es nacida; y, buscando en sí misma los restos de la imagen de Dios, piensa en restablecerla, reuniéndose á su autor. Tocada de este sentimiento, comienza á rechazar las cosas exteriores. ¡O riquezas, dice, vosotras no teneis mas que un nombre engañoso: venis para llenarme; pero yo tengo un vacío inmenso donde vos no entrais. Mis secretos deseos, que claman por Dios, no pueden satisfacerse con vuestros tesoros; es preciso que me enriquezca con otra cosa mas grande y de mas estima. Ved aquí el desprecio d las riquezas.

(1) *De Trin. l. X. n.* 11.
(2) *Is. XXXI.* 6.

El alma, considerando en seguida el cuerpo á quien está unida, lo vé revestido de mil ornatos extrangeros: se avergüenza, porque conoce que ellos son una red para los otros y para ella misma. Entonces es cuando está en aptitud de escuchar las palabras que el Espiritu Santo dirige á las damas mundanas, por la boca del Profeta Isaías: „Yo he visto á las hijas de „Sion, erguidas de cabeza, marchando con paso afec„tado, con movimientos estudiados, y haciendo signos „con los ojos á derecha é izquierda; por esto, dice el „Señor, yo haré caer todos sus cabellos" (1). ¡Qué especie de venganza! Qué! era necesario lanzar rayos, y tomar un tono tan alto para abatir los cabellos? Ese gran Dios, que se lisongea de arrancar de raíz, por su soplo, los cedros del Líbano, truena para abatir las ojas de los árboles! ¿Es este el digno efecto de una mano todopoderosa? ¡Qué vergonzoso es para el hombre estar tan fuertemente adherido á las cosas vanas, que el quitárselas sea un gran suplicio! Por eso el Profeta pasa mas adelante. Despues de haber dicho: „haré caer sus cabellos; yo destruiré, prosigue, „los collares, los brazaletes, los anillos, las cajas de „perfumes, los vestidos, los mantos, las cintas, los bor„dados, y esas telas tan delicadas:" vanas cubiertas, que nada ocultan.... El Espíritu Santo ha querido descender á una exacta enumeracion de todos los ornatos de la vanidad, ciñendose, por explicarme

(1) *Is. III.* 16. 17.

así, á seguir con su venganza todos los diversos adornos que una vana curiosidad ha inventado. A estas amenazas del Divino Espíritu, el alma, que por mucho tiempo se ha sentido apegada á esos vanos adornos, comienza á entrar en sí misma. ¡Qué, Señor! dice: ¿quereis destruir todo este vano aparato? Para prevenir vuestra cólera, yo misma comenzaré á despojarme de él. Entrémos en un estado donde no hay mas adorno que el de la virtud.

Aquí, esta alma disgustada del mundo, reflexionando que esos vanos ornatos señalan en los hombres alguna dignidad, viene á considerar los honores que el mundo elogia, y al momento conoce su interior. Ve el orgullo que inspiran, y descubre en él las disputas, los zelos y todos los males á que arrastra: observa al mismo tiempo, que si estos honores tienen alguna cosa de sólido, es la obligacion de dar al mundo buen ejemplo. Pero, renunciándolos, se puede dar uno mas útil; y es mas hermoso, cuando se disfrutan estos honores, hacer de ellos un uso tan heroico. Lejos, pues, honores de la tierra: todo vuestro brillo cubre mal nuestras debilidades y faltas; y solo las oculta á nosotros, para hacerlas conocer á los demás. Ah! „mejor quiero tener el último lugar en la casa de mi Dios, que ocupar „el mas alto rango en la de los pecadores" (1).

El alma se despoja, como veis, de las cosas exteriores, vuelve de su extravio, y comienza á acercarse á sí misma. Pero ¿se atreverá á tocar ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No excitará piedad esa complexion delicada? Al contrario: á él es á quien el alma imputa la culpa principalmente, como á su mas peligroso seductor. Yo he encontrado una víctima, dice; desde que este cuerpo se ha hecho mortal, me parece haberse convertido para mí en un embarazo y un atractivo que me conduce al mal; pero la penitencia me advierte, que puedo hacer de él un buen uso. Gracias á la misericordia divina, tengo en él con qué reparar mis faltas pasadas. Este pensamiento la decide á no dar cosa alguna á sus sentidos: les quita todos sus placeres; abraza todas las mortificaciones; dá al cuerpo un alimento poco agradable; y, á fin que la naturaleza se aquiete con él, espera que la necesidad le haga soportable. Ese cuerpo tan tierno, duerme sobre la dura tierra; la salmodia de la noche y el trabajo del dia, le excitan el sueño: sueño ligero, que no hace pesado el espíritu, ni interrumpe cuasi sus acciones. Así todas las funciones, aun las de la naturaleza, comienzan de hoy en adelante á convertirse en operaciones de la gracia. Se declara una guerra inmortal é irreconciliable á todos los placeres; no hay uno, por inocente que sea, que no le parezca sospechoso: la razon que Dios ha dado al alma para conducirla, exclama viendolos acercarse: „Esta es la serpiente que nos engañó:" *Serpens decepit me* (1). Los primeros placeres que nos engañaron, entraron en nuestro corazon con un aspecto inocente, á la manera del enemigo que se disfraza para apoderarse de una plaza, que intenta revolucionar contra sus legítimas autoridades. Esos deseos, que nos parecian inocentes, han excitado poco á poco las pasiones mas violentas, que nos han puesto en cadenas, que hemos sufrido intolerables penas para romper.

Libre el alma, por estas reflexiones, del cautiverio de los sentidos, y desprendida del cuerpo por la mortificacion, ha vuelto, en fin, á sí misma. Ha

(1) *Psalm. LXXXIII.* 11.

(1) *Gén. III.* 13.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vuelto de muy lejos, y parece haber hecho un gran progreso; pero, últimamente, habiéndose encontrado á sí misma, ha encontrado tambien el origen de todos sus males. Entonces es, pues, cuando declara una grande ojeriza contra sí misma; decaida por su libertad, de que ha hecho mal uso, piensa en sujetarla por todas partes: rejas horrorosas, profundo retiro, impenetrable clausura, entera obediencia; todas las acciones regladas, todos los pasos contados, cien ojos que la observen.... aun todavia halla que no es bastante para impedirle que se extravie. Ella se pone de todos lados bajo el yugo: se acuerda de los tristes zelos del mundo, y se abandona, sin reserva, á los dulces zelos de un Dios bienhechor, que no quiere tener los corazones, sino para llenarlos de celestiales dulzuras. Temerosa de volver á dar sobre esos objetos exteriores, y que su voluntad se extravie aún todavia buscándolos, se prescribe límites de todas partes; pero de miedo de detenerse en sí misma, abandona su propia voluntad. Así, estrechada por todas partes, no puede respirar sino del lado del cielo: se abandona al amor divino, llamando su conocimiento y su amor al uso primitivo. Entonces es cuando podemos decir con David: „Oh Dios! vues„tro siervo ha hallado su corazon para haceros esta „súplica" (1). El alma, tan largamente extraviada en las cosas exteriores, se ha encontrado, en fin, á sí misma; pero es para elevarse sobre ella, y darse enteramente á Dios.

Nada hay mas nuevo que este estado, en que el alma, llena de Dios, se olvida de sí misma. De esta union con Dios se ven muy pronto nacer en ella todas las virtudes. Allí está la verdadera prudencia;

(1) *II. Reg. VII.* 27.

porque se aprende á dirigirse á su fin; es decir á Dios, por el solo camino que lleva á él; esto es, por el amor. Allí está la fuerza y el valor; pues no hay cosa que no se sufra por el amor de Dios. Allí se encuentra la templanza perfecta; por que ya no se pueden gustar los placeres de los sentidos, que le arrebatan á Dios los corazones y la atencion del espíritu. Allí se empieza á hacer justicia á Dios, al prójimo, y á sí mismo. A Dios, porque se le dá todo lo que es debido: al prójimo, porque se comienza á amarle verdaderamente; no por sí mismo, pero como á sí mismo, despues que se ha hecho el esfuerzo de renunciarse á sí mismo: últimamente, se hace justicia á sí mismo, porque se entrega de todo corazon á quien se pertenece naturalmente. Mas dandose de tal suerte, se adquiere el mas grande de todos los bienes, y se tiene la maravillosa ventaja de ser feliz, por el mismo objeto que hace la felicidad de Dios.

El amor de Dios hace, pues, nacer todas las virtudes; y para hacerlas subsistir eternamente, les dá por fundamento la humildad. Preguntad á aquellos que tienen en el corazon alguna pasion violenta, si conservan algun orgullo, ó cierta altanería en presencia de lo que aman: se someten demasiado, y son excesivamente humildes. El alma poseida del amor de Dios, trasportada por este fuero de ella misma, no piensa en sí, ni por consiguiente en orgullecerse; porque ve un objeto, en cuya comparacion se cuenta por nada; y está de tal manera enamorada, que le prefiere á sí misma, no solamente por razon, sino por amor.

Pero ved aquí un motivo para humillarse mas profundamente. Unida á este divino objeto, ve siempre bajo de sí dos profundos abismos; la nada de donde

salió, y otra nada aun mas horrorosa, que es el pecado, en que puede recaer sin cesar, por poco que se aparte de Dios, á quien obliga á que la deje. Considera que si es justa, Dios la hace tal continuamente. S. Agustin (1) no quiere que se diga, que Dios nos ha hecho justos; pero dice que nos hace justos á cada momento. No, prosigue, como un médico, que habiendo sanado á su enfermo, le deja en una salud que no necesita de su socorro; mas como el aire, que no ha sido hecho luminoso para quedar así por sí mismo, sino que es hecho tal continuamente por el sol. Así el alma, unida á Dios, siente constantemente su dependencia, y que la justicia que le es dada no subsiste toda sola, sino que Dios la cria en ella á cada instante; de manera que se mantiene siempre alerta de esta parte; queda siempre bajo la mano de Dios; siempre sujeta á su gobierno, y como rayo de su gracia. En este estado, ella se conoce y no teme ya perecer, de la manera que antes temía; siente que es hecha para un objeto eterno, y no percibe mas muerte que el pecado.

Seria necesario aquí descubriros la última perfeccion del amor de Dios; seria preciso mostraros esta alma, desprendida aún de las castas dulzuras que la atrajeron á Dios, y poseída solamente de lo que descubre en él mismo, es decir, de sus perfecciones infinitas. Allí se verá la union del alma con un Jesus abandonado; allí se entenderá la última consumacion del amor divino en una parte del alma, tan profunda y retirada, que los sentidos nada sospechen de ella; tan distante está de su region! Mas, para explicar esta materia, seria necesario usar un lenguage que el mundo no entenderia.

(1) *De Gen. ad litt. lib. VIII. n. 25. tom. III. part. I. col. 234.*

Acabémos, pues, este discurso; y permitidme, Señores, que antes de concluirlo os pregunte, si las santas verdades que he anunciado, han excitado en vuestro corazon alguna centella del amor divino? La vida cristiana, que os propongo tan penitente, tan mortificada, tan desasida de los sentidos y de nosotros mismo, os parece quizá imposible? Direis: ¿se puede vivir de esta manera? ¿se puede renunciar lo que agrada? Se os responderá de lo alto (*), que la cosa mas dificil se puede, pues que se puede abrazar lo que dá en rostro y choca. Mas para hacerlo, direis, es preciso amar á Dios; y no sé si se puede conocer bastante para amarle tanto cuanto sea necesario. Se os dirá de lo alto, que se conoce bastante para amarle sin límites. Mas ¿se puede llevar en el mundo una vida semejante? Sí, sin duda, pues que el mundo mismo os desengaña de él: sus encantos tienen bastantes ilusiones; sus favores bastante inconstancia; sus rebeces bastantes amarguras: en el procedimiento de los hombres hay bastante injusticia y perfidia, bastante desigualdad y bizarría en sus humores incómodos y contrariantes: esto, sin duda, es suficiente para disgustarnos.

Ah! vosotros decís, estoy sumamente disgustado; todo, en efecto, me enfada; pero nada me mueve: el mundo me desagrada; mas no por esto me agrada Dios. Conozco este estado estraño, desgraciado é intolerable; pero demasiado ordinario en la vida. Para salir de él almas cristianas, sabed: que quien busca á Dios de buena fé, jamás deja de hallarle; su

(*) *Madama de la Valliere estaba con la Reina en el coro alto.*

palabra es expresa: „Al que toca se le abre; al que „pide se le dá; el que busca encuentra infaliblemen„te" (1). Si, pues, no encontrais, sin duda no buscais. Removed hasta el fondo de vuestro corazon: sus heridas tienen la ventaja que pueden ser sondeadas hasta lo mas profundo, con tal que haya valor para penetrarlas. Vos encontrareis en su profundidad un secreto orgullo, que os hace desdeñar todo lo que se os dice, y los sábios consejos que se os dán: encontrareis un espíritu de chocarrería inconsiderada, que brota en medio del regocijo de las conversaciones. Cualquiera que esté poseído de él, creé que toda la vida es un juego; solo trata de divertirse; y el aspecto de la razon, si puedo hablar así, le parece demasiado sério y enfadoso.

Pero ¿en qué es en lo que me empeño? ¿En buscar las causas secretas del disgusto que os dá la piedad? Son muy groseras y palpables: se sabe cuales son los pensamientos que detienen al mundo ordinariamente. No se ama la verdadera piedad; porque contenta con los bienes eternos, no proporciona establecimientos en la tierra, ni hace la fortuna temporal de los que la siguen. Esta es la objecion que los mundanos hacen á Dios ordinariamente; pero respondió de una manera digna de su Magestad, por boca del Profeta Malachias (2): „vuestras pala„bras se han levantado contra mí, dice el Señor; y „habeis respondido: ¿qué palabras hemos proferido „contra vos? Habeis dicho: el que sirve á Dios, se „atormenta en vano. ¿Qué bien nos ha venido de „haber guardado sus mandamientos, y de haber ca„minado tristemente delante de su rostro? Los hom-

(1) *Math. III.* 8.
(2) *Mal. III.* 13. *et seq.*

„bres soberbios y emprendedores son felices; pues „ellos se han establecido viviendo en la impiedad, y „han tentado á Dios, soñando hacerse felices, á pe„sar de sus leyes, y han hecho todos sus negocios?"

Ved aquí la objecion de los impíos, propuesta en toda su fuerza por el Espíritu Santo. „A es„tas palabras, prosigue el Profeta, las gentes bue„nas, admiradas, se dijeron secretamente los unos á „los otros." Ninguno sobre la tierra se atreve á emprender, me parece, el dar respuesta á los impíos, que atacan á Dios con una audacia tan insensata; pero Dios les responderá el mismo: „El Señor ha „dado oído á estas cosas, dice el Profeta, y las ha es„cuchado: ha hecho un libro donde escribe los nombres „de los que le sirven; y en ese dia, en que yo obro, „dice el Señor de los ejércitos; es decir, en el úl„timo dia, cuando acabo todas mis obras, y desple„go mi misericordia y mi justicia; en ese dia, dice, „los buenos serán mi posesion particular; los trata„ré como un buen padre trata á un hijo obediente. „Entonces volvereis vosotros, ¡oh impíos! vereis de „lejos su felicidad, de la que sereis excluidos para „siempre; y, entonces, conoceris qué diferencia hay „entre el justo y el impío; entre el que sirve á Dios, „y el que desprecia sus leyes." Así responde el Señor á las objeciones de los impíos. No habeis querido creer que los que me sirven son felices; no habeis dado crédito ni á mi palabra, ni á la experiencia de los otros; la vuestra os convencerá; vos los vereis felices, y os vereis miserables: *Haec dixit Dominus faciens haec.* „Esto es lo que dice el Se„ñor; es preciso creerlo; porque el mismo que lo dice, lo hace." Así hace callar á los soberbios é incrédulos.

¿Sereis tan felices que aprovecheis este avi-

so, para prevenir su cólera? Id, Señores, y pensad en ello: no os ocupeis del orador que habeis oído, ni de si ha hablado bien ó mal: ¿qué importa que haya hablado un hombre mortal? Hay un predicador invisible, que predica en lo interior de nuestro corazon, á quien los predicadores y los oyentes deben escuchar; este es el que habla interiormente á nuestro corazon, y á quien deben dar oído todos los que vienen á oír los discursos sagrados. El orador que habla exteriormente, hace un sermon solo para un inmenso pueblo; pero el orador interior, que es el Espíritu Santo, hace tantas predicaciones diferentes, cuantas son las personas del auditorio, pues habla á cada uno en particular, aplicándole, segun sus necesidades, la palabra de vida eterna. Escuchadle, pues, cristianos; dejadle remover hasta lo íntimo de vuestro corazon ese secreto principio del amor de Dios.

Espíritu Santo, Espíritu pacífico, os he preparado los caminos, predicando vuestra palabra. Mi voz ha sido, quizá, semejante á ese ruido impetuoso que previno vuestra venida: bajad ahora, ¡oh fuego invisible! y que esos discursos inflamados, que hareis en lo interior de los corazones, los llenen de un ardor celestial. Hacedles gustar la vida eterna, que consiste en conocer y amar á Dios: dadles un ensayo de la vision divina, en la fé; una anticipacion de la posesion, en la esperanza; una gota de ese torrente de delicias, que embriaga á los bienaventurados, en los trasportes celestiales del amor divino.

Y vos, hermana mia, que habeis empezado á gustar esas castas delicias, bajad, marchad al altar; víctima de la penitencia, id á consumar vuertro sacrificio: el fuego está encendido, el incienso preparado, la cuchilla desnuda: esta es la palabra que separa el alma de sí misma, para unirla únicamente á su Dios. El sagrado Pontífice os espera (*) con ese velo misterioso que pedís: ocultaos en él; vivid escondida á vos misma, así como al mundo; y conocida de Dios, desembarazaos de vos misma, salid de vos misma, y tomad un vuelo tan noble, que no encontreis reposo sino en la esencia del PADRE, del HIJO, y del ESPIRITU SANTO. Amén.

(*) *El Sr. Arzobispo de París.*